

Cuentos de Canterbury

Geoffrey Chaucer

Adaptación de GERALDINE MCCAUGHREAN Ilustrado por Victor G. Ambrus



GEOFFREY CHAUCER GERALDINE McCaughrean

CUENTOS DE CANTERBURY

Ilustrado por VICTOR G. AMBRUS

Introducción y notas Pedro Guardia

Traducción Pedro Guardia

Actividades Agustín Sánchez Aguilar





INTRODUCCIÓN

Chaucer y su época	7
Los Cuentos de Canterbury	14
CUENTOS DE CANTERBURY	
Prólogo	33
Rivalidad caballeresca (Cuento del caballero)	42
Un tonel de risas (Cuento del molinero)	57
La aterradora bestia con la cola de tea (Cuento del capellán de la monja)	70
Alboroto en el molino (Cuento del mayordomo)	82
Una esposa entre un millón (Cuento del erudito de Oxford)	90
El mayor deseo de las mujeres (Cuento de la viuda de Bath)	106
Los asesinos de la Muerte (Cuento del bulero)	120
«Sir Topacio»: una joya de poema (Cuento de Geoffrey Chaucer)	134
Amor entre las rocas (Cuento del terrateniente)	139
El cuervo de nieve (Cuento del magistrado)	152
El oro de los ingenuos (Cuento del criado del canónigo)	157
Irse al Diablo (Cuento del fraile mendicante)	168
El viejo Enero y la joven Mayo (Cuento del mercader)	174
Epílogo	181
Vocabulario	185
Notas	189
ACTIVIDADES	
La historia marco	195
Los cuentos	200



GEOFFREY CHAUCER (1340?-1400)

INTRODUCCIÓN

CHAUCER Y SU ÉPOCA

Geoffrey Chaucer fue el mejor escritor que dio la Inglaterra medieval. Muchos fueron sus méritos: trajo a su país las innovaciones de la literatura renacentista italiana, demostró una maestría excepcional en la versificación y el lenguaje y, sobre todo, supo reflejar con fidelidad el mundo que lo rodeaba. En un momento en que la literatura prefería dejar de lado la vida cotidiana, Chaucer mantuvo siempre los ojos muy abiertos a la realidad de su época, que abundó en conflictos bélicos y en cambios sociales, pues en el siglo XIV Inglaterra y Francia entablaron la guerra más larga de la historia, la de los Cien Años (1340-1453), el sistema feudal empezó a tambalear-se por el auge de la burguesía y una terrible peste negra redujo la población europea a la mitad (1348).

Sabemos con certeza que Chaucer murió el 25 de octubre de 1400, pues así se lee en su panteón, que se encuentra en «El rincón de los poetas» de la Abadía de Westminster, en Londres. Por el contrario, no hay seguridad sobre la fecha de su nacimiento, que debió de ocurrir en esa misma ciudad en algún punto entre 1340 y 1342. Chaucer era hijo de unos importadores de vinos que proveían a la casa real y al ejército y desde su niñez debió de hablar con soltura el francés, que era la lengua predominante en la literatura cortesana de Inglaterra. La noticia más antigua que tenemos del autor data de 1359, fecha en la que Chaucer participó en la cruenta guerra con Francia y fue hecho prisionero. Su rescate costó dieciséis libras, cantidad bastante módica, pues era menos de lo que se abonaba por la liberación de un caballo de raza. Tras recobrar la libertad, el autor ejerció como paje de Isabel, esposa del tercer hijo de Eduardo III, y debió de estudiar en la Escuela de San Pablo, donde aprendería latín.

El período 1360-65 es el menos conocido de la vida de Chaucer. Es muy probable que asistiera al centro docente del Inner Temple de Londres, donde se impartían estudios de leyes y se formaban los miembros de las embajadas. En algún momento de ese período tuvo una grave riña con un fraile y fue multado por apalearlo; esto explica quizá la escasa simpatía de Chaucer por ciertos miembros del clero, que se manifiesta con claridad en los *Cuentos de Canterbury*.

A la altura de 1367, el autor ya había contraído matrimonio con su esposa Felipa, que le daría tres hijos. En ese año viajó a España, no sabemos si por motivos políticos o para peregrinar a Santiago de Compostela, y recibió de Eduardo III una pensión vitalicia en pago de sus servicios. Dos años más tarde, Chaucer combatió en Francia al servicio de su gran protector, Juan de Gante, duque de Lancaster y el noble más poderoso de Inglaterra. La esposa de Juan murió durante la campaña a consecuencia de la peste, y Chaucer le dedicó una hermosa elegía titulada *Libro de la Duquesa*, por la que fue recompensado con sendas pensiones de diez libras anuales: una para él y otra para su esposa.

Entre 1370 y 1373, Chaucer realizó un viaje diplomático a Aquitania y otro a Génova y Florencia en busca de acuerdos comerciales; en Italia, conoció las obras de Boccaccio (1313-1375) y Petrarca (1304-1374), que influirían decisivamente en su tarea literaria. Sus buenos servicios le reportaron nuevas recompensas: en 1374 el rey le concedió un cántaro de vino diario; más adelante, se le adjudicó una casa en el barrio de Aldgate (Londres) y fue nombrado inspector de aduanas en el puerto de Londres. El cargo le obligaba a realizar el trabajo personalmente y no por delegación, pero, en la práctica, los frecuentes viajes diplomáticos con autorización real le eximieron del estricto cumplimiento de esa tarea. En cualquier caso, su trabajo de inspector le permitió conocer a gentes de todo pelaje que sin duda le inspirarían más de un personaje literario.

En las últimas décadas del siglo, Inglaterra se vio asolada por las luchas dinásticas, pero Chaucer supo sortear con habilidad la cambiante suerte de quienes se disputaban el trono y encontrar la tranquilidad espiritual necesaria para componer su obra cumbre, los *Cuentos de Canterbury*. En 1389, al regreso de su protector, Juan de Gante, se le asignó la responsabilidad de



Canterbury es la sede de la Iglesia de Inglaterra desde que en el año 597 el papa Gregorio envió a san Agustín a evangelizar a los anglosajones. La catedral, cuya construcción comenzó en 1070, se convirtió en un venerado santuario tras el asesinato de Tomás Becket en 1170.

mantener el palacio del rey y sus propiedades en North Petherton (Somersetshire), lo que le proporcionó a Chaucer un sueldo anual de treinta libras. En los años siguientes, le fueron concedidas otras varias pensiones que le proporcionaron el desahogo económico necesario para dedicarse hasta la muerte a su ocupación favorita: escribir.

Santo Tomás de Canterbury

La obra maestra de Chaucer presenta a una treintena de peregrinos que viajan a la catedral de Canterbury. Aunque los personajes son ficticios, su situación no lo es, pues las peregrinaciones eran parte fundamental de la vida del cristiano durante la Edad Media, como todavía hoy lo son para los hindúes y los musulmanes. En aquella época, los cristianos peregrinaban fundamentalmente a tres lugares: Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela. En el interior de Inglaterra, los grandes puntos de peregrina-

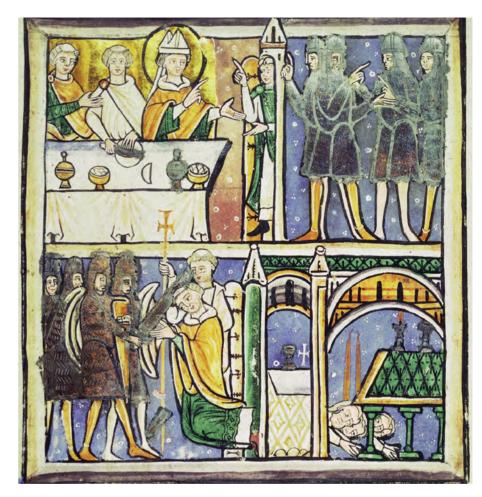
ción eran Walshingham y, sobre todo, Canterbury, en cuya catedral reposaban los restos de Tomás Becket.

Tomás Becket había sido asesinado el 29 de diciembre de 1170 por los esbirros de Enrique II. Tras ser nombrado arzobispo de Canterbury en 1162, Tomás aplicó con rigor la Reforma gregoriana, que otorgaba grandes poderes a la Iglesia pero a la que el rey se oponía frontalmente. Por temor a represalias, Tomás tuvo que exiliarse en Francia; mientras tanto, Enrique II confiscó las propiedades de su arzobispado. Pero Tomás logró el respaldo del Papa, lo que asustó al rey, quien permitió al arzobispo que regresara a Inglaterra y le devolvió todas las posesiones que le había confiscado. Tomás volvió a la isla entre las aclamaciones de sus feligreses, pero a las pocas semanas cayó asesinado nada menos que en la catedral.

Tan solo tres años después, Tomás fue canonizado por el papa Alejandro III. Dos razones explican su meteórico ascenso a los altares: la popularidad de la víctima y la profanación de un lugar sagrado que había significado su asesinato. El escenario del crimen, la catedral, se convirtió de inmediato en centro de peregrinación. El mismo rey contribuyó sin pretenderlo a incrementar la popularidad del santo. Enrique había prometido, a modo de penitencia, peregrinar a Roma, Jerusalén o Santiago, dejando la elección en manos del Papa. La respuesta pontificia fue contundente: debía peregrinar a Canterbury. Allí, pues, se personó el 12 de julio de 1174, descalzo y vestido de penitente, después de haber mantenido un ayuno de pan y agua durante varios días. Cuando entró en la catedral las campanas estaban tocando a duelo. Enrique besó el lugar del crimen y fue flagelado por todos los obispos presentes, pública penitencia que le valió la absolución. Después de Enrique II, todos los monarcas ingleses peregrinaron a Canterbury; el mismo Enrique VIII, que más tarde expoliaría sus restos y suprimiría el nombre de Tomás de los santorales, acompañó a la catedral al emperador Carlos V.

Las peregrinaciones a Canterbury

Durante la Edad Media, Tomás Becket fue el santo más popular de Inglaterra: todas las clases sociales lo veneraban. Cuando la primavera volvía transitables los caminos, una muchedumbre de caballeros y monjas, bule-



El durísimo enfrentamiento que la reforma gregoriana provocó entre Enrique II y Tomás Becket tuvo un lamentable desenlace el 29 de diciembre de 1170, cuando cuatro caballeros de la corte, alentados por unas violentas palabras del monarca, se presentaron en Canterbury, exigieron a Becket que absolviera a los obispos favorables a Enrique II y, ante la negativa del arzobispo, lo asesinaron con sus espadas.

ros y frailes, cocineros y médicos, magistrados y molineros, miembros de los gremios y terratenientes, estudiantes y labradores peregrinaban a Canterbury. No todos viajaban por el mismo motivo: unos lo hacían por devoción o para cumplir una promesa y otros tan sólo para divertirse, pero lo cierto es que rendir homenaje a Tomás Becket en Canterbury acabó por convertirse en una arraigada costumbre.

CUENTOS DE CANTERBURY





Gualterio era un joven fuerte, atractivo y gentil* que había heredado de su padre el gobierno de una pequeña provincia en los confines de Italia. Cuando Gualterio asumió el poder, todos los granjeros y campesinos de sus tierras se sintieron orgullosos de su nuevo gobernante. No sólo acataban sus disposiciones con agrado y pagaban sin rechistar los impuestos, sino que anhelaban que Gualterio tuviera un hijo para asegurarse un gobierno próspero en los tiempos futuros.

En la casa solariega* las generaciones se habían sucedido siempre con la misma constancia con que el verano sigue a la primavera y el invierno al otoño, pero Gualterio no parecía albergar propósito alguno de casarse ni de tener hijos. El joven se pasaba los días cazando, sin preocuparse por su futuro, así que los habitantes de la provincia empezaron a impacientarse. Cierto día, un grupo de campesinos se armó de valor y pidió audiencia a Gualterio.

- —Nos inquieta veros soltero y sin descendencia —le dijeron.
- —La verdad es que nunca había pensado en tomar esposa —respondió Gualterio—, pero supongo que tenéis razón. No os preocupéis: pronto elegiré a una mujer que me convenga y me casaré con ella.

Los vasallos de Gualterio suspiraron aliviados, y los preparativos de la boda se iniciaron casi al instante.

- —¡En la fiesta habrá más de doscientos invitados! —anunciaban los cocineros a los mercaderes a las puertas de la mansión.
- —¡Ha comprado joyas dignas de una princesa! —explicaban los mercaderes a sus esposas.
- —¡Ha encargado en Padua²⁷ un vestido de novia hecho con la mejor seda! —cotilleaban las mujeres.

-Pero ¿quién es la novia? -se preguntaban todos.

En la fecha fijada para la boda, Gualterio salió de su mansión acompañado por un séquito de cincuenta criados vestidos con sus mejores galas, y con la intención de ir en busca de su esposa. Al llegar al límite de sus posesiones, el joven detuvo su caballo ante una casucha destartalada y llena de goteras. Y es que no era del todo cierto que Gualterio no hubiera pensado nunca en casarse; una vez, mientras cabalgaba junto a aquella choza, se había dicho a sí mismo: «Si alguna vez me caso, me casaré con Griselda».

Además de la hermosura, Griselda poseía todas las cualidades que cualquier hombre puede desear. Trabajaba sin descanso —hilaba lana, lavaba y tendía, cuidaba las escasas y esqueléticas ovejas de su padre—, nunca cotilleaba o se reía a tontas y a locas como las otras jovencitas, y jamás perdía los nervios cuando algo no iba bien. A pesar de su juventud, la sabiduría y la paz de espíritu parecían reinar en su alma. Y lo que era más importante: Griselda jamás se quejaba, ni siquiera cuando su único y miserable vestido quedaba desgarrado por los zarzales, ni siquiera cuando sus agotadas manos se amorataban a causa del frío, ni siquiera cuando pasaba dos o tres días sin tener nada que llevarse a la boca.

Atraído por tantas virtudes, Gualterio bajó de su caballo ante la casa de Griselda, se llevó a su padre aparte y le pidió permiso para casarse con su hija. El pobre hombre se quedó mudo de asombro y, antes de que pudiese darse cuenta, se halló sentado en la mesa de su húmeda cabaña, con su se-



ñor a un lado y su hija al otro. Griselda, que no lograba entender lo que estaba sucediendo, permanecía sentada con las manos en el regazo, la cabeza agachada y el gesto tímido, sin atreverse a levantar los ojos.

- —Griselda, he decidido casarme contigo —dijo Gualterio con el tono gélido* del comerciante que planea un negocio—. Tu padre me ha concedido tu mano, pero quizá tú desees decir algo.
- —Mi señor —susurró Griselda—, yo y todas las personas que viven en esta región os pertenecemos en cuerpo y alma, así que tan sólo deseo lo que vos deseéis.
- —Bien —replicó Gualterio—. Sé que no es habitual que alguien de mi condición se case con una persona tan pobre, mísera e insignificante como tú, pero te aseguro que no ha sido una decisión precipitada.
 - —Señor, me concedéis un honor demasiado grande...
 - -No te preocupes por eso; sólo quiero que me prometas una cosa.
 - —Lo que vos deseéis.
- —Quiero que me prometas que yo seré siempre quien tenga la última palabra en todo. Cuando yo diga sí, tú jamás dirás no: no murmurarás nada, y ni siquiera fruncirás el ceño. Odio a las mujeres quejicas. ¿De acuerdo?
- —Mi amo —musitó Griselda—, ¿quién soy yo para llevaros la contraria en nada? Me honráis en exceso.
 - -Muy bien; entonces el asunto está zanjado. ¡Señoras!

Las damas de honor entraron en la choza con el vestido de novia, despojaron a Griselda de sus andrajos con un mohín* de asco y vistieron su cuerpo de seda. Con la dorada cabellera peinada sobre los hombros y la corona luciendo en su cabeza, Griselda cobró la apariencia de una reina. Su aspecto cambió tanto que a sus vecinos les costó reconocerla.

—¿Acaso no es la mujer más afortunada de la cristiandad? —le dijeron los campesinos a su anciano padre mientras veían alejarse la comitiva.

Pero el viejo meneó la cabeza, avanzó hacia su casa y respondió:

-Esto no puede acabar bien.

te es es

—¡Menudo aguafiestas! —exclamó la dama del sombrero, encantada con la buena fortuna de Griselda.